

ENSEÑANZA E INVESTIGACION

"SOBRE LA EDUCACION MEDICA"

Dr. Rodolfo Muratorio Posse

Después de ocho años de ausencia de los claustros y después de haber presenciado las profundas heridas que han sufrido el país y sus universidades, sería muy difícil o poco natural iniciar el primer curso lectivo de este nuevo período de la vida de la Facultad de Ciencias Médicas, sin presentar a nuestros pares, a los estudiantes y a la comunidad un panorama franco y detallado de nuestros proyectos, nuestras inquietudes y nuestras esperanzas. Queremos exponer ante ustedes nuestra ideología, y estamos dispuestos a contraer así un compromiso porque creemos que ambas cosas se convalidan mutuamente y no pretendemos ni ocultar lo primero ni eludir lo segundo.

La Universidad es uno de los productos más nobles que pueda dar un país; es uno de sus frutos más preciados y una de sus manifestaciones más características.

Durante mucho tiempo —y aun hoy solémos oírlo— se ha postulado que la Universidad era donde se gestaban las semillas de todas las excelencias de una nación; de ella salían los hombres encargados de dar lustre y brillo al país y su sola presencia parecía ser casi una garantía de seguridad en el porvenir. La Historia y los hechos han demostrado categóricamente que no es así y las dolorosas experiencias porque han pasado nuestro país y sus universidades en los últimos años no hacen sino corroborarlo. Tal como si obedecieran a leyes inmutables, nuestras universidades fueron en todo momento el más fiel reflejo de lo que acontecía en el país y así podríamos identificar distintos modelos en correspondencia con las diferentes orientaciones políticas de la nación.

En este momento de la evolución histórica de nuestro país, es absolutamente insoslayable que la libertad y la democracia estén presentes en todas y cada una de las actividades de sus ciudadanos y de sus instituciones. La Universidad Nacional de Cuyo no puede ser una excepción a esta regla y así lo ha expresado el señor Rector cuando asumió sus funciones el 28 de diciembre pasado.

Podría pensarse, sin embargo, que por más valederas que parezcan estas consideraciones, las ideas de libertad y de democracia sólo tienen un contenido y un propósito políticos y, en consecuencia, poca relación guardan con una actividad tan técnica como es la educación médica.

Trataremos de analizar esto y demostrar que las ideas de libertad y de democracia son tan importantes en la educación médica como lo son en la plataforma política de cualquier partido.

Creemos que la forma o la manifestación más importante de la libertad, la más significativa para el ser humano, es la libertad de pensamiento. Por otra parte, consideramos que la Universidad no es otra cosa que un conjunto de individuos cuyo propósito es pensar y que, por lo tanto, una Universidad en la que no haya libertad de pensamiento no merece llamarse Universidad. Por ello, tenemos la firme determinación de estructurar el conocimiento médico de nuestros estudiantes en base a la libertad de pensamiento.

El conocimiento no es más que un sistema de afirmaciones y negaciones respecto de algo. Toda vez que investigamos, cada vez que discutimos, cada vez que analizamos cualquier idea, cualquier hipótesis, cualquier teoría que pueda llevarnos a configurar un conocimiento propio, estamos afirmando o negando las razones que apoyan o contradicen esa idea, que la afirman o la niegan. En el instante en que esa idea nos parece suficientemente valedera, la incorporamos a nuestra convicción, a nuestra ideología y, a partir de ese instante, el mayor valor de esa idea no es su proximidad a la verdad sino el hecho de ser el fruto de una convicción libremente adquirida, que es la mejor autorización para que se incorpore a un sistema personal de ideas y de conocimientos.

El hombre de ciencia también posee un conocimiento que es un sistema de afirmaciones y negaciones pero estructurado, constatado, comprobable y pasible de demostración toda vez que sea necesario. A este conocimiento también se llega por el camino de la libertad de pensamiento que es el que permite la ejercitación de aquel sistema en cada uno de los innumerables pasos que conducen a la adquisición de un conocimiento.

Cuando se prohíbe al hombre desarrollar este sistema de afirmaciones y negaciones, cuando posee un sistema personal y transmitirlo se constituye en un peligro, estamos frente a la opresión y a la pérdida de la libertad de pensamiento que es, precisamente, lo que permite diferenciar entre el individuo biológico y el ser pensante. Por eso es que estas palabras son válidas para cualquier institución, ya que sólo mediante un recurso imaginario podemos disociar al hombre del profesional, el investigador, el técnico o lo que sea.

Por otra parte, si nuestra misión ha de ser la de formar médicos, vale decir profesionales para quienes la dignidad humana debe ocupar un lugar prominente, sólo lo lograremos a través del culto a la libertad ya que es por el camino de la libertad como el hombre descubre su propia dignidad, que es lo único que enseña a respetar la ajena.

Esta libertad de pensamiento que pretendemos alentar, desarrollar y proteger en nuestra Facultad de Ciencias Médicas, nunca sería completa si no posibilitáramos su expresión en todos los niveles. En este sentido pretendemos que en nuestra Facultad se den las condiciones para que se enseñe todo lo que sea válido y pueda enseñarse. A eso también hizo referencia concreta el señor Rector en su discurso inaugural y estamos absolutamente consubstanciados con esa posición. Para ello son diversos los caminos que pueden seguirse. Puede buscarse una mayor diversificación de los contenidos curriculares, pueden implementarse la cátedra libre o la cátedra paralela, pueden organizarse actividades extra o paracurriculares sistemáticas que ofrezcan al estudiante diversas corrientes o tendencias del pensamiento médico. Quizá la misma pluralidad temática nos imponga una pluralidad metodológica.

En cuanto a la inserción de la idea de democracia en la educación universitaria y, en nuestro caso, en la educación médica, nada más pertinente. Primero porque la democracia es un resultado de la educación y segundo porque los principios que la inspiran deben estar siempre presentes en toda actividad didáctica.

La democracia no es inherente a la naturaleza humana. El hombre es de por sí arbitrario y dominante y le ha costado siglos superar estas tendencias casi instintivas que han sido la base de sus relaciones personales y públicas a lo largo de casi toda su historia. Si exceptuamos algunas culturas primitivas en las que las organizaciones tribales respondían a algunos de los principios de la democracia actual, la democracia como ideología aparece recién en algunas ciudades griegas y principalmente en Atenas, en la que, sin embargo, había esclavos. A partir de esa época la democracia comienza a extenderse y aceptarse como la forma actualmente más válida de convivencia.

La democracia es, entonces, el resultado de una evolución y de un esfuerzo, esfuerzo que debe cumplirse fundamentalmente a través de la educación. Pero la educación no habrá de conformarse con incluir entre sus contenidos el conocimiento de las formas o los fundamentos de la democracia sino que ella misma debe impartirse utilizando esas formas y esos fundamentos. Para ello el educador no habrá de olvidar jamás que el punto nodal de la democracia es el ejercicio permanente de la libertad de elección entre varias alternativas. La democracia es la posibilidad de elegir en libertad, aun a riesgo de equivocarse.

Al estudiante debemos enseñarle a elegir. Para ello habremos de darle la oportunidad para disentir, con su subproducto que es la posibilidad de analizar y discutir y su consecuencia que es la posibilidad de elegir. Debemos terminar con la enseñanza unidireccional y volcarnos más hacia una educación participativa. La transmisión de conocimientos es sin duda una de las funciones de la Universidad pero de ninguna manera es la única ni jamás importante. La transmisión de conocimientos como única forma de enseñanza conduce, en el mejor de los casos, a una recopilación informativa que garantiza tanto la posesión de conocimientos como la falta de opinión. Nosotros debemos preocuparnos por formar médicos con opinión, que conozcan sus fundamentos y sepan defenderla pero que, en la misma medida, estén dispuestos a comprender y respetar las ideas y las convicciones ajenas y sepan hacer un buen uso de la duda sin caer en la incertidumbre. Cuando la educación universitaria se aparta de estos principios y se rinde ante la fascinación de la certeza incommovible y cerrada, la enseñanza comienza a aproximarse peligrosamente al adoctrinamiento.

Tenemos el propósito de alentar y desarrollar en la mayor medida que nos sea posible la investigación en todas las ramas de la medicina, incluyendo lo referente a la enseñanza misma de la medicina. Creemos que el desarrollo de la investigación produce beneficios por dos caminos distintos. Por un lado, quizás el menos significativo desde el punto de vista cuantitativo, conduce a la creación de conocimiento y al esclarecimiento de la verdad, que es uno de los fines fundamentales de la Universidad y uno de los caminos más válidos para el logro de la independencia. Para otro sector, más numeroso, el contacto con la investigación significa la adquisición de un método, de una manera de utilizar el conocimiento y la razón que es el "método científico" y que pone al futuro médico a salvo de todas esas aberraciones intelectuales que suelen denominarse pensamiento mágico, o pensamiento paralógico, o simplemente delirio, prejuicio o ignorancia.

Estamos absolutamente convencidos de que mucho más importante que enseñar al estudiante una cantidad cada vez mayor de conocimientos, es enseñarle a utilizar adecuadamente unos pocos y a valerse correctamente de sus propios mecanismos mentales. Mucho más importante, mucho más útil y mucho más trascendente que formar un médico que sepa, es formar uno que comprenda. La meta de nuestra enseñanza no habrá de ser el saber sino la comprensión; la comprensión de la salud, la comprensión de la enfermedad y la comprensión del ser humano en quien se dan estas circunstancias. En este momento de la evolución de la medicina en que el culto por la tecnología ha llegado a límites casi idolátricos, a cada paso nos encontramos con médicos que saben mucho pero no entienden nada. Tenemos que proteger a nuestros alumnos del riesgo de caer en estas aberraciones.

Debemos ofrecer al estudiante la permanente oportunidad para disentir, para discutir, analizar y sacar sus propias conclusiones. Debemos enseñarle a estudiar, a hacer una adecuada consulta bibliográfica y munirse así de elementos que le permitan tener una opinión propia. Debemos desterrar paulatinamente al estudiante que no hace otra cosa que tomar apuntes y lo conseguiremos, fundamentalmente, desterrando también a ese docente que, en el

momento de la evaluación, no admite otra cosa que la repetición casi textual de su propia y personal versión del conocimiento.

Podría argumentarse que muchas de las orientaciones que pensamos darle a la educación médica pueden ser campo propicio para que se desarrolle la natural tendencia de la juventud a la rebeldía. No lo creemos así. En la Facultad que soñamos no habrá lugar para el estudiante rebelde, simplemente porque tampoco lo habrá para el estudiante obediente. Aquí no caben ni la rebeldía ni la obediencia. El estudiante que pretendemos, el que imaginamos o soñamos para nuestra Facultad, habrá de ser un individuo pensante, libre, responsable y comprometido. Cuando cumpla lo hará por convicción, por ejercicio de su responsabilidad y de todos los compromisos que ella implica para con la Facultad, para con sus compañeros y para consigo mismo. Pero esta responsabilidad habrá de asumirla y ejercitarla en plena libertad, a plena conciencia, porque sepa y esté convencido de que debe adecuarse a las normas que él mismo ha aceptado desde el instante en que haya decidido incorporarse a nuestra comunidad. La transgresión de la norma conduce inexorablemente a la desvalorización de nuestros propios sistemas axiológicos y si alguna misión trascendente tenemos los educadores es, precisamente, ayudar a la juventud a que estructure un sistema de valores.

Cabría hacer aquí alguna reflexión sobre la misión de los educadores. El hecho de que una parte importante de la población ponga sus hijos en nuestras manos para que los eduquemos, implica una enorme responsabilidad para todos nosotros pero, al mismo tiempo, significa un excepcional privilegio. Nada hay tanpreciado para todos los seres vivientes como su propia cría. Sobran los ejemplos del sacrificio hasta de la propia vida para salvar la de los hijos. El hombre no escapa a esta ley de la naturaleza, que parecería determinada a asegurar la supervivencia de las especies.

Este bien tan preciado, tan valioso, es puesto confiadamente en nuestras manos para que, complementando en alguna medida la misión de los padres, seamos nosotros los artífices de su educación superior.

En este complejo proceso que es la educación, se reitera el mecanismo fundamental que opera en la crianza de los hijos: la identificación. Los hijos se identifican con sus padres, los imitan y así aprenden y repiten, generación tras generación, los moldes que caracterizan a las culturas y las civilizaciones. Y así como los hijos se identificaron con sus padres, cuando ingresen a la Universidad buscarán entre nosotros el modelo o los modelos con quienes repetir ese mecanismo y de esa manera, aunque nosotros no lo pretendamos ni tal vez lo advirtamos, todos los educadores tendremos que asumir la tremenda responsabilidad de aceptar el papel de arquetipos.

Uno de los dramas de la represión ideológica en que ha estado sumida nuestra Universidad es, precisamente, la pérdida de arquetipos, el vacío de fe que es el vacío de posibilidades de identificación. Nuestros alumnos, nuestros discípulos, nuestros colaboradores, no nos reclamarán mañana el no haberles enseñado tal o cual adelanto de la ciencia o progreso de la técnica, pero nunca nos perdonarán si hemos defraudado esa necesidad de confiar en nosotros como confiaron en sus padres y la demostración de fe y de confianza que nos hicieron cada vez que atendieron a nuestra palabra o a nuestros actos en la convicción de que tenían ante ellos a auténticos maestros, que es lo mismo que decir auténticos modelos.

Esta ideología acerca de la enseñanza superior tendremos que aplicarla a la tarea de formar médicos, tarea que cumpliremos adecuadamente tan sólo en la medida en que tengamos ideas claras sobre nuestros objetivos.

Por ello, es menester hacer aquí una distinción bien clara entre el otorgamiento de un título habilitante y la formación del ser del médico. Un título es algo que se posee, se tiene; que se puede usar, olvidar, perder o arrumbar. Obvio sería destacar lo opuesto de la condición de ser; se es algo, lo que significa configurar un juicio de existencia.

En principio, alcanzar la condición de ser médico y obtener el título habilitante debería ser un acto único. Dicho de otro modo, la posesión del diploma debería garantizar no sólo que se han cumplimentado las etapas, reglas y requisitos curriculares, sino también la incorporación de una nueva dimensión existencial que es el ser del médico. Nuestra experiencia en la educación médica nos lleva a afirmar que esta condición de ser médico es muy difícil de transmitir ya que exige un contacto fluido e intenso en la dinámica alumno-profesor-alumno. A la transmisión de conocimientos debemos agregar una gama amplia de experiencias que hace a otras disciplinas. De ahí la complejidad de esta tarea que pretende otorgar las bases de la ciencia médica y al mismo tiempo incorporar una filosofía acerca del hombre, de la enfermedad, de la vida y la muerte; una idea clara del rol que jugaremos en la vida del ser humano que nos consulte.

Por eso es que insistimos en la necesidad del contacto amplio del estudiante con la realidad y nuestra insistencia obedece a la profunda convicción de que durante estos últimos años no se ha mostrado a los estudiantes (valga la redundancia) la verdadera realidad social: la realidad económica, la verdadera disponibilidad de instrumental y medicamentos, la realidad social: la realidad económica, la verdadera disponibilidad de instrumental y medicamentos, la realidad institucional, etc. Una forma de abuso del poder consistió en la transmisión engañosa de un saber que era totalmente ajeno a las necesidades de la sociedad, cuando no una burda mentira acerca de lo que realmente podía hacerse en la práctica médica. Por ello, creemos imperioso que la educación médica ofrezca al futuro profesional una visión genuina de realidad social, esa realidad que contiene igualmente a la enfermedad como a nuestras posibilidades de detectarla, tratarla y curarla.

El estudiante debe conocer también en qué mundo de creencias religiosas y de tradiciones culturales habrá de realizar el acto médico. La ignorancia de estos aspectos o su olvido, conduce con enorme frecuencia a la torpeza en el acto médico, cuando no a la flagrante iatrogenia.

Anhelamos poder realizar esta maravillosa tarea de inculcar un saber y un ser, reconociendo que tan solo un clima de democracia y de auténtico compromiso con las necesidades del país lo harán posible.

Deberíamos pasar ahora a detallar las formas como pensamos concretar las ideas y los proyectos que hemos expuesto pero, para no abusar más de la paciencia de ustedes, solo comentaremos brevemente los más importantes. No haremos mención alguna, por lo que tienen de ineludibles, de los considerandos que han fundamentado nuestra designación. El Decreto 154 de intervención de las universidades nos impone la misión de normalizar su gobierno, la que será nuestra tarea principal a nivel de la Facultad de Ciencias Médicas. Pero de ese mismo Decreto se desprende la necesidad de una normalización académica que debemos, por lo menos, poner en marcha y es a ella a la que nos hemos referido en el curso de esta exposición.

Creemos que es necesario llevar a cabo algunas adecuaciones curriculares entre las cuales las más urgentes serían la actualización de los programas, volver a poner en funcionamiento la cátedra de Psicología Médica suprimida arbitrariamente en 1975, crear un curso de Farmacología Clínica para los alumnos del último año y reforzar la enseñanza de la Salud Pública y de la Medicina Preventiva.

Queremos dar mayor funcionalidad a los departamentos, que actualmente no son sino meras instancias burocráticas, haciendo mayor hincapié en los equipos que los constituyen que en las cátedras que los integran. De esta manera pretendemos lograr una utilización más amplia, económica e igualitaria de los equipos técnicos de la Facultad y abrir el espectro de la totalidad del escalafón docente a toda clase de especialistas.

Pensamos crear en la Facultad un Departamento o Secretaría de Educación Médica cuya misión principal sería el asesoramiento de todos los docentes en los aspectos didácticos de su actividad y la implementación de procedimientos de evaluación que nos permitan conocer con certeza los resultados de lo que estamos haciendo. Esto nos permitirá actualizar nuestra metodología, mejorarla y poner en práctica experiencias pedagógicas que nos lleven a sacar conclusiones propias y decidir en consecuencia.

Ya hemos dicho que estamos convencidos de que uno de los errores de nuestra educación médica es que el estudiante toma contacto con el enfermo recién en cuarto año y lo hace con un tipo de pacientes muy seleccionados por su gravedad o excepcionalidad que, por lo tanto, no representan la patología que ese estudiante tendrá que enfrentar a diario cuando comience a ejercer la profesión. Por otra parte, esa postergación del contacto con el ser humano produce en el estudiante una suerte de sentimiento de frustración y lo lleva con frecuencia a considerar a las ciencias básicas como una especie de barrera que le han colocado entre su ingreso a la Facultad y el momento de empezar a ser médico. Para atenuar estos defectos, trataremos de que el estudiante tome contacto más precozmente con la realidad sanitaria y social de nuestra comunidad, implementaremos la creación de unidades pedagógicas en la mayoría de los hospitales de Mendoza y alentaremos la utilización de los consultorios externos en la enseñanza.

Para llevar a cabo algunos de estos proyectos hemos mantenido ya conversaciones con las más altas autoridades del Ministerio de Bienestar Social y hemos encontrado la mejor disposición en lo referente a la jerarquización de la condición de profesor en la función asistencial, a la implementación de las unidades pedagógicas y a la participación de la Facultad en los aspectos didácticos de las residencias hospitalarias. Pensamos también que al estudiante y al interno hay que informarles detalladamente sobre la problemática del ejercicio profesional en la actualidad y para ello hemos comprometido la generosa colaboración del Círculo Médico de Mendoza.

Tenemos también en marcha un convenio con la Oficina Sanitaria Panamericana para poner en práctica un plan de venta de libros e instrumental a los estudiantes y a los médicos a precios sumamente ventajosos. Cuando esté constituido el Centro de Estudiantes de la Facultad, dejaremos en sus manos la ejecución de este plan.

En lo que respecta al posgrado, lo que más nos interesa es concretar un plan de educación continuada que pueda extenderse al interior de la Provincia, sobre todo a los centros más alejados de la Capital. En la ejecución de este plan pensamos comprometer a las entidades profesionales del interior y su desarrollo no se hará en base a las clases teóricas o conferencias sino a las actividades conjuntas que permitan una participación más activa de los profesionales interesados y, en consecuencia, un mayor aprovechamiento de los contenidos.

Finalmente, tenemos la intención de gestionar la transformación de la Escuela de Odontología en Facultad. Creemos que es lo lógico y lo equitativo y no encontramos argumentos, fuera de los coyunturales, que justifiquen la actual dependencia que tiene la Escuela de Odontología respecto de la Facultad de Ciencias Médicas.

Mucho es lo que hay que hacer. En el recurso de nuestra gestión quizá podamos concretar algunas cosas; a otras las pondremos en camino y se realizarán más adelante; algunas quedarán esbozadas como simples proyectos y quizás unas pocas permanezcan en el mundo de nuestra fantasía.

De todas maneras, tengo fe, entusiasmo, buena salud y excelentes colaboradores. Tengo plena conciencia de las dificultades por que atraviesa el país y de la complejidad de los problemas que hay que enfrentar, pero también estoy absolutamente persuadido del privilegio que significa ser protagonista de este momento de nuestra historia. Por ello es que quiero agradecer públicamente al señor Rector haberme dado la oportunidad de colaborar en este gran proyecto nacional y, más aun, de poder hacerlo en lo que ha sido mi mayor interés en la profesión: la educación médica.

También quiero agradecer desde ya a los docentes, colegas, empleados y alumnos que compartan las ideas que he expuesto y me ayuden a convertirlas en realidad y a aquellos que no las compartan, también les agradeceré que no duden en plantearme su disenso de frente y con claridad, que también ésta será una manera de ayudarme.

A todos, muchas gracias.

MENDOZA, 22 de marzo de 1984.